
MARTIN BUBER: UNA PRESENTACIÓN

Mario Águeda

«En Palestina no vivimos con los árabes sino sólo a su lado. La cohabitación de dos pueblos en una misma tierra si no se busca un desarrollo conjunto, se convierte, inevitablemente, en oposición... Nada permite volver a la pura y simple cohabitación. Sin embargo, siempre es posible insistir en la dirección de conjunto, aunque numerosos obstáculos se hayan acumulado en tal camino.» (1)

Para un oyente contemporáneo, estas palabras parecen sacadas de un discurso reciente de Simón Peres o de Isaac Rabin, ambos políticos y premio Nobel. Sin embargo, tienen casi tres cuartos de siglo: las pronunció Martin Buber, en 1929, en Berlín, ante un auditorio de personalidades sionistas. Vamos a presentar un texto de 1953 de este profético pensador judío, un texto donde nos hace una síntesis del mensaje del jasidismo.

Probablemente tengamos asociado el nombre de Buber a su obra más conocida, *Ich und Du* (Yo y Tú, 1922): una de las primeras que planteó el “principio dialógico” dejado de lado por la filosofía occidental debido al predominio en ella de la razón y del sujeto como individuo aislado, enfrentado a los objetos, el mundo, las cosas o lo social en su aspecto colectivo, prescindiendo de lo interpersonal. Sin embargo, Buber tiene otras facetas. Por eso esbozaremos un perfil amplio de este autor que fue no sólo filósofo sino también traductor e intérprete de la Biblia, líder del jasidismo, y miembro, inicialmente, del sionismo, si bien, ciertamente, toda esta diversidad estuvo unificada en torno a una orientación esencial en su vida: el diálogo como camino de plenitud humana; orientación que no fue el resultado de un proyecto elaborado con premeditación y perseverancia sino de una misión tal como M. Légaut la concibe:

«La misión no se elige a partir de una escala de valores. Se descubre poco a poco a partir de la fidelidad a lo que nace en uno mismo; y se acoge sin buscarla o

esperarla de manera explícita. A veces también se la teme de manera instintiva. La misión no es nunca el resultado de un proyecto realizado con perseverancia y tenacidad sino el fruto lentamente madurado por obra de nuestra fidelidad a lo que percibimos íntimamente que debemos pensar, decidir o hacer día a día.» (2)

Para presentar a Buber, primero recorreremos su vida y luego repasaremos los campos en que desarrolló su obra intelectual, que nos conducirán, por último, al texto sobre la tradición jasídica que proponemos.

I. Jalones en la vida de Martin Buber

Sus inicios

Martin Buber nació el 8 de febrero de 1878 en Viena y murió el 13 de junio de 1965 en Jerusalén. Tanto su padre como su madre eran judíos. Su padre, Carl, fue agrónomo. Cuando Buber cumplió tres años, la madre los abandonó. Esta circunstancia marcó notablemente su vida. La búsqueda de la madre perdida estuvo, según numerosos intérpretes, en la base inicial de su elaboración del pensamiento dialógico:

«La separación de mis padres –escribió a mediados de siglo– rompió el hogar de mi niñez en Viena, y todavía hoy veo, con los ojos cerrados, el canal del Danubio debajo de casa, la vista que solía disfrutar con un sentimiento de seguridad de que nada, nada, podía pasarme a mí... Escuché a la mujer que me cuidaba: “Tu madre nunca volverá”. Yo no tenía ninguna duda acerca de la verdad de sus palabras. Estas palabras permanecen fijas en mí. Con el paso de los años, se han clavado cada vez más en mi corazón. Pero, al cabo de un largo tiempo, he empezado a percibir esto como algo que no sólo me concernía a mí, sino a todos los hombres. A partir de ese momento, construí la palabra *Vergegnung* (desencuentro), para designar la falta de un encuentro real entre los hombres.»

Al cabo de veinte años, la madre fue a visitarlo. A raíz de este encuentro, Buber comentó:

«Sospecho que todo lo que he aprendido acerca del genuino encuentro entre las personas a lo largo de mi vida tiene su origen primordial en aquella hora en el balcón de nuestra casa con mi madre.»

Tras el abandono de la madre, Buber fue a vivir con los abuelos en Lemberg (actualmente Lviv, Ucrania). Hasta los 14 años vivió allí, en una atmósfera judía profundamente religiosa. Su abuelo Salomón influyó en los inicios de su pensamiento. Fue uno de los dirigentes más destacados del movimiento racionalista e ilustrado de las comunidades judías de aquella región. Dedicó su vida a la elaboración de una edición crítica de una parte de la literatura hebrea del Midrashim, mezcla de interpretaciones de la Biblia, enseñanzas de sabiduría y una rica epopeya. Mientras tanto, su abuela Adela cuidaba de los negocios familiares. Esta influencia de los abuelos se expresa en estas palabras:

«Mi abuelo era un filólogo verdadero, un “amante de la palabra”, pero el amor de mi abuela, en el sentido genuino de la palabra, me afectaba de una manera más fuerte aún: porque era un amor directo y lleno de devoción. Para ella, una visión humanista centrada en el lenguaje era el camino real de la educación.»

Sus estudios

El conocimiento de varios idiomas marcó la educación de Buber. La multiplicidad de los lenguajes humanos, la interpretación de la realidad desde las distintas lenguas lo introdujo en un mundo nuevo, importante, que se manifestó en su pensamiento posterior. Toda esta formación le ayudó a interpretar los textos de la Biblia y del Talmud, y le llevó a estudiar con pasión a los exegetas del siglo XI.

Después, Buber estudió filosofía y letras en las universidades de Viena, Zurich, Leipzig y Berlín, donde fue discípulo de Dilthey y de George Simmel. Fue amigo de Max Scheler, y conoció de cerca los últimos grandes movimientos filosóficos de Alemania. Su disertación doctoral en la universidad de Viena, en 1904, fue sobre la teoría de la individualidad en dos grandes místicos: Nicolás de Cusa y Jacob Böhme. Sin embargo, quien más le influyó en esta época fue Nietzsche por su proclamación del héroe nihilista en el *Así habló Zaratustra* y por su crítica de la cultura moderna.

Aunque Nietzsche no veía demasiado bien a los judíos desde su visión del superhombre, Buber hizo su propia lectura de él. Buber era

inicialmente un filósofo del yo, de la interioridad; y afirmaba la fertilidad de la soledad humana. Esto le podría haber llevado por el mismo camino de Nietzsche, es decir, por el camino que conduce al cultivo solitario de una individualidad excepcional. Sin embargo, Buber, lejos de avanzar por esta dirección, optó por el camino opuesto. Para él, la soledad existencial es el punto de partida, no el de llegada. Para encontrar la respuesta a las preguntas esenciales de la existencia tenemos que salir al encuentro de los otros y llegar, a través de ellos, a lo que es infinitamente más grande que nosotros mismos.

Con todo, Buber aprovechó la llamada de Nietzsche a volver a la base de una cultura total, base que él encontró en el sionismo. Esto le condujo a asistir, en 1898, al primer Congreso Sionista de Basilea, y a colaborar en el diario sionista *Die Welt* (El Mundo), donde planteó la necesidad de una nueva cultura creativa y la importancia de la educación, en oposición a cualquier programa de mera propaganda, fuese político o social.

En 1901, Buber se casó con Paula Winckler, que no era judía aunque sí pro-sionista, pero que acabó por convertirse al judaísmo. Tuvieron dos hijos. En 1904, Buber colaboró en Berlín con el que sería el primer presidente del Estado de Israel, Chaím Weizmann.

El Jasidismo

Buber, además de por su “principio dialógico”, es conocido, sobre todo, por su recreación e interpretación del jasidismo, el movimiento místico y popular que surgió en las comunidades judías del este de Europa durante los siglos XVIII y XIX. Gracias en gran parte a su labor, el jasidismo fue un movimiento místico culturalmente reconocido. 1905 fue el año de su primer contacto con el jasidismo. En su biografía cuenta que se reconoció a sí mismo en un escrito del Rabí Israel ben Eliézer, fundador del movimiento de restauración del jasidismo. Esto le indujo a dejar el periodismo y dedicarse, durante cinco años –desde los veintiséis hasta los treinta y uno–, al estudio de los textos jasídicos.

Buber partió de un interés inicialmente estético por esta corriente de literatura popular que recogía las tradiciones orales de este movimiento pietista hebreo. Sus primeros trabajos, que le dieron fama literaria, fueron la recreación libre de leyendas y cuentos jasídicos recogidos en *Los cuentos de Rabí Nachman* (1907) y *La leyenda del Baal-Shem* (1908). Sin embargo, su interés enseguida se fijó en los contenidos y de ahí surgió el proyecto de su difusión. Buber creyó que el mensaje jasídico tenía fuerza para superar los males del judaísmo y también la alienación en las relaciones humanas: entre los hombres entre sí, entre el hombre y Dios, y entre el hombre y la naturaleza.

A Buber se debe pues, más que a nadie, que los occidentales hayamos podido tener acceso a la polícroma riqueza y profundidad del pensamiento jasídico. Buber calificaba al jasidismo como «un movimiento que no intenta ofrecer al hombre la solución del enigma del mundo pero sí prepararlo para vivir de la fuerza del misterio; el jasidismo no busca instruirlo acerca de la naturaleza de Dios pero sí enseñarle el camino en el que puede hallarlo». El pluralismo inherente al enfoque jasídico condujo a Buber a afirmar el valor irrepetible del sujeto:

«La primera tarea del ser humano es la afirmación de sus posibilidades, únicas, sin precedentes y nunca repetidas; y no la repetición de algo que otro haya realizado ya antes ni aunque fuera el más grande.»

Distanciamiento del sionismo

El asentamiento de los primeros agricultores judíos en Palestina marcó, sin embargo, una inflexión en su vida. Buber se distanció del movimiento sionista. Seguía siendo sionista, pero se situó en la oposición frente a los partidos sionistas oficiales, y, más tarde, frente al Estado de Israel. Entonces se convirtió en uno de los principales promotores de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Con la llegada de la Iª Guerra Mundial, Buber fundó, en Berlín, el Comité Nacional Judío para ayudar a los judíos de la Europa del Este anexionada por

Alemania. En 1916, fundó una revista mensual *Der Jude* (El judío), que fue el foro de referencia de los intelectuales judíos de Alemania a principios de siglo. Antes de la guerra, fue profesor de religiones comparadas en la Universidad de Frankfurt.

Una de sus creaciones más significativas fue la Fries Jüdisches Lehrhaus (Academia Judía Libre), junto con el filósofo Franz Rosenzweig, en 1920. Esta Academia fue la institución más importante de preguerra cara a la formación de los judíos. Durante su apogeo, albergó alrededor de mil cien estudiantes, que representaban más del cuatro por ciento de la población judía de Frankfurt. En 1933, año en que los judíos fueron expulsados de todas las escuelas como consecuencia de la llegada al poder de Adolf Hitler, los dirigentes judíos en materia pedagógica nombraron a Buber director de la Oficina central para la educación de adultos en Alemania, y él mismo enseñó a los profesores judíos en la Alemania nazi. Al comienzo del período nazi, Buber viajó a través de toda Alemania enseñando y animando a sus compañeros a organizar lo que él llamaba una «resistencia espiritual». En 1935, la policía secreta nazi prohibió sus publicaciones y sus actividades de enseñanza, por lo que, con 60 años, emigró a Palestina en 1938.

La cuestión árabe-judía

En el duodécimo Congreso sionista de Karlsbad, en 1921, Buber propuso la adopción de una resolución que proclamaba osadamente:

«A la hora de un renacimiento nacional, los dos grandes pueblos semitas, que ya han estado asociados antes en importantes empresas culturales, sabrán unir sus intereses esenciales para una obra común.»

Para Buber, esta obra común no era otra que la fundación de un estado binacional; idea que defendió en el seno del *Berit Shalom* (Movimiento para la Paz) y, más tarde, en 1939, dentro de la *Ihud* (La Unión), fundada por él mismo, justo después de su instalación definitiva en Palestina. Durante toda su vida, Buber permaneció fiel a la actitud de diálogo, costara lo que costara. Pocos años después, en

1942, decidió abandonar el barrio residencial judío de Talbieh, en Jerusalén, para instalarse en Abou Tor, que era un barrio árabe sencillo. «La cuestión árabe se ha convertido en nuestra cuestión existencial», escribía en 1951, antes de oponerse, en 1956, a la anexión del Sinaí y de afirmar contra viento y marea:

«Hoy la paz entre judíos y árabes sólo puede traducirse en un cese de las hostilidades armadas. Todavía es posible una paz construida a partir de una auténtica colaboración.»

Dentro de la comunidad judía de Palestina, Buber tuvo un gran peso social e intelectual. Entre 1951 y 1958, fue profesor de filosofía social de la Universidad Hebrea de Jerusalén, primer presidente de la Academia de Ciencias y Humanidades y editor jefe de la Enciclopedia Israelí. Además, inició la fundación de un Instituto para la enseñanza de adultos, donde se preparaban profesores destinados a la promoción de la inmigración árabe.

Traducción de la Biblia

Con Franz Rosenzweig comenzó, en 1925, la traducción de la Biblia al alemán; tarea que, tras la muerte de Rosenzweig en 1929, continuó solo hasta 1961. Esta traducción se hizo famosa por su belleza y por su fidelidad al texto hebreo. Buber fue pionero en el intento de salvaguardar el hebraísmo del texto bíblico al traducirlo. Por ejemplo, no tradujo Torah por “Ley” sino por “Enseñanza”. El “ángel” pasó a ser el “mensajero”; el sacrificio, “el acercamiento de Dios”; y el nombre de Dios, el tetragrama hebreo YHWH, se convirtió en “Él está ahí”. En un breve texto, que sigue siendo actual, explica el significado que tenía para él la palabra “Dios”:

«Es la palabra con más carga entre las palabras humanas. No hay otra que haya sido tan manchada y atacada. Precisamente por esta razón no puedo renunciar a acercarme a ella. Ciertamente, los hombres componen figuras grotescas que refrendan con el nombre de Dios, se matan entre ellos y pretenden hacernos creer que lo hacen en su nombre. Pero, cuando fracasan la locura y la impostura, cuando en la penumbra los más solitarios se encuentran frente a él, ya no dicen “Él, Él”, sino “¡Tú, Tú!”, ¡cuán fuer-

te gritan “Tú”! y añaden “Dios”. ¿No se trata del verdadero Dios de antepasados, el único Viviente, al que todos clamamos? ¿No es Él el que les escucha, el que los absuelve? Y la palabra “Dios”, la palabra de la llamada, la palabra convertida en nombre, ¿no se ha hecho así sagrada en todas las lenguas y en todos los tiempos? Debemos respetar a los que le rechazan porque se declaran contra la injusticia y el escándalo que supone el poder divino, pero no podemos seguirles... No está en nuestro poder purificar el nombre de Dios, ni devolverle su integridad, pero podemos, tal como está, manchado y roto, levantarlo del suelo y mantenerlo durante esta hora de gran inquietud.»

Sus obras más significativas

La experiencia y los estudios de Buber cubren, pues, una gran variedad de campos: desde sus estudios –ya mencionados– sobre las comunidades y tradiciones jasídicas (*Origen y significado del Jasidismo*, 1921-1954), hasta sus trabajos de formación y de filosofía religiosa, a partir de la Biblia hebrea, la tradición jasídica y las cuestiones universales del hombre: *Daniel: diálogos de realización*, 1913; *Yo y Tú*, 1922; *Discursos sobre el judaísmo*, 1923; *El reino de Dios*, 1936; *En busca del cielo*, 1943-1944; *¿Qué es el hombre?*, 1949; *Dos formas de fe*, 1950; *Eclipse de Dios*, 1953; etc.

II. Campos de su obra como escritor

Buber y el Judaísmo

Como se desprende de todo lo anterior, no se comprende a Buber al margen de los ambientes intelectuales judíos de inicios del siglo XX, y, más en concreto, de la tradición jasídica. Sobre todo destaca la capacidad de su obra para lograr que el judaísmo volviese a ofrecer una perspectiva fecunda frente a las cuestiones actuales del hombre.

El descubrimiento del Jasidismo marcó, en efecto, la relación personal del joven Buber con el judaísmo y sus tres componentes básicos: el nacional (salvación del pueblo), el social (armonía entre persona y comunidad) y el religioso (conocimiento de Dios). Desde el propio jasidismo, sin embargo, Buber vio a Israel más como una realidad ético-religiosa que política:

«La esencia del judaísmo radica en la unidad de lo religioso y de lo ético y no en ambos elementos por separado... ambos se unen en la idea de que hay que configurar el pueblo como una verdadera comunidad de hombres, como una comunidad sagrada. El nacionalismo como institución vital aislada y el socialismo como institución social aislada son igualmente ajenas al judaísmo esencial.»

También desde el jasidismo y su unión de lo religioso y lo ético Buber vio con preocupación la dramática crisis abierta en la filosofía occidental por la separación radical establecida entre el mundo y Dios, entre lo sagrado y lo profano. Ambas esferas quedaban, en efecto, profundamente afectadas por dicha separación, en cuanto a su significado y a su valor. El mundo sin Dios quedaba reducido a un mundo que se agota en sus apariencias pasajeras; dejaba de haber sitio en él para ideales y normas trascendentes capaces de guiar a los hombres; y Dios, sin el mundo, se convertía en un producto de la fantasía, en una quimera sin contacto alguno con la realidad, y que falseaba, además, la trágica seriedad de la existencia humana. Por eso Buber procuró esbozar una respuesta mediante la reelaboración del mensaje central del jasidismo acerca de la responsabilidad del hombre en el misterio de la redención.

«Creo que la redención del mundo no se realizó hace diecinueve siglos. Seguimos viviendo en un mundo no logrado y esperando su redención, en la que cada uno de nosotros está llamado a participar. Israel es la comunidad de los hombres que mantienen en el mundo la auténtica esperanza mesiánica y ello incluso cuando muchas veces los judíos mismos se muestran infieles a esa esperanza. Esto es lo que es Israel y lo que seguirá siendo hasta el fin de la historia. Como Israel tiene un papel que jugar en el advenimiento del fin, debe mantener su fe en la venida del reino, es decir, su fe de que el mundo no está aún logrado y que su redención es todavía objeto de esperanza. Esta es la fe de Israel: la redención del mundo es el cumplimiento de la creación.»

Su filosofía

Como ya dijimos, Buber es conocido, sobre todo, por su filosofía del diálogo y por su existencialismo religioso centrado en la distinción entre relaciones directas o recíprocas y las relaciones indi-

rectas o utilitarias. A las primeras, en las que cada persona confirma a la otra en su valor único, las llamó "yo-tú" o diálogo, y a las segundas, en las que cada persona utiliza al resto sin verlos ni valorarlos en su realidad propia, las llamó "yo-aquello" o monólogo. Al aplicar esta distinción a la religión, Buber insistió en que la religión significa hablar con Dios y no hablar sobre Dios. El diálogo entre el hombre y Dios es la esencia del judaísmo bíblico para él. El hombre adquiere conciencia en cada encuentro de que Dios lo conduce si permanece abierto a los signos del *Tú* y dispuesto a responder a ellos con todo su ser. El origen de esta relación se descubre en la presencia de uno mismo a sí mismo, sin embargo. Pero Buber da un paso más: en esta relación de uno consigo mismo, el hombre llega a ser consciente de su relación con un *Tú absoluto* que le constituye como persona.

Por otra parte, Buber se parece –según algunos– a Kierkegaard en el sentido de que también él nos invita a reflexionar sobre los grandes temas de la existencia. Pero se distingue de él al proponernos abordar estos temas abriéndonos, al mismo tiempo, no sólo a la interioridad del yo sino también a la exterioridad de los demás y de la propia trascendencia. Como filósofo de la interioridad, Buber no hace filosofía desde un lugar exterior e impersonal sino a partir de la experiencia del yo. En este sentido, es heredero de una larga tradición que se remonta a san Agustín. *Las Confesiones* de san Agustín son el primer libro narrativo, con una perspectiva introspectiva, donde el yo es el punto de partida. La interioridad no es la fuente de iniciativas que terminan por transformar el mundo exterior sino el escenario donde se desarrolla la acción. Lo que importa son las búsquedas, las angustias, los pecados, las crisis, los amores, cuyo hilo conductor, lo que vincula entre sí los episodios, es la propia continuidad del yo. Buber se consideraba heredero de esta perspectiva, y planteaba, en la segunda parte de su librito *¿Qué es el hombre?*, una oposición decisiva entre la perspectiva de Aristóteles y la de san Agustín:

«El hombre aristotélico se sorprende y maravilla del hombre entre muchas otras cosas, pero sólo como una parte del mundo, que es maravilloso y sorprenden-

te en general. El hombre agustiniano se asombra, en cambio, de aquello que en el hombre no se puede comprender como parte del mundo, como una cosa entre las cosas (3).»

Por este agustinismo, el pensamiento de Buber es un esfuerzo filosófico muy semejante también al de Gabriel Marcel. Su filosofía influyó, además, en pensadores de todos los credos, incluidos los protestantes Karl Barth, Emil Brunner, Paul Tillich y Reinhold Niebuhr o el católico Urs von Balthasar. Buber, que empezó siendo un filósofo de la interioridad, termina siendo un filósofo de la intersubjetividad. Esto le condujo a construir dos puentes entre el yo individual y la humanidad: uno, la tradición, que en su caso es la tradición judía y en particular la tradición jasídica, y otro, la dimensión política, que explica su interés por el socialismo utópico y por el sionismo.

El contacto con la tradición

Buber no creía en un individuo que buscarse solo. El individuo debe recibir de los otros a lo largo del tiempo. Esto le llevó a valorar la tradición entendida como el diálogo que una comunidad mantiene a través del tiempo. En el caso de Buber, esta idea se concretó en la constatación de la enorme riqueza humana que todavía encierra la tradición bíblica. La tradición judeo-cristiana (pues Buber veía al cristianismo como una prolongación del judaísmo) es una tradición entre otras, depositaria de un gran legado de sabiduría que puede enriquecer a las restantes. La Biblia, además de un libro sagrado, es una magnífica suma de reflexión antropológica y ética en torno a la que existe una tradición que sigue tratando de desentrañar su significado para buscar respuesta a los interrogantes de la condición humana (4). No era raro, por tanto, que Buber revalorizase esta tradición no sólo como judío sino como filósofo que busca ensanchar los límites de la subjetividad. Las fronteras del individuo se ensanchan cuando éste se integra en el diálogo que se prolonga por encima del paso de las generaciones.

Esta idea es especialmente importante en un mundo productivo que tiende a infravalorar lo antiguo. Sin embargo, la tradición no es lo pretérito, lo exterior, lo meramente ritual, lo petrificado, lo conservador. El verdadero concepto de tradición es lo contrario. La tradición es un diálogo a través del tiempo, que lejos de encerrarnos nos enriquece y nos multiplica. Buber se anticipaba así, en cierto modo, a autores recientes como Gadamer o MacIntyre para los que la tradición tampoco es un corsé que limita sino una puerta para entrar en un mundo más amplio, tal como lo prueba el texto de Buber que presentamos.

Lo político

El segundo camino para ensanchar las perspectivas del individuo es la dimensión política de la existencia. Buber ensayó ir más allá del vínculo entre dos personas en la amistad, el amor o la paternidad-filiación. Los casos que menciona de lo que él llamó el «nosotros esencial» son los de los grupos revolucionarios, los grupos religiosos, los seguidores de un caudillo que acaba de morir o las víctimas de una persecución ⁽⁵⁾. Sin embargo, fue muy cuidadoso al desarrollar esto. Repetidamente indicó que no pensaba en una disolución del individuo en lo colectivo sino en una integración que preservase lo individual. Insistió en que un verdadero "nosotros" sólo se puede construir a partir de seres auténticos que han llegado a ser ellos mismos sin huir de sus propias insuficiencias. En un texto de 1919, Buber describía a los seres humanos como aprisionados, por la «sociedad, la iglesia, la escuela, la economía, la opinión pública», y los llamaba a romper esos «caparazones» y «volverse directos». «Establezcan la inmediatez, la inmediatez reverencial, pura, entre las personas ⁽⁶⁾», decía. La "inmediatez" era parte de la "santa inseguridad" en la que Buber recomendaba vivir. Como dijo en *¿Qué es el hombre?*, se trata de lograr un «encuentro de ser a ser» que permita experimentar «en lo recóndito de cada ser» lo «recóndito del otro ser» ⁽⁷⁾. Lo que en verdad precisamos no son instituciones sino comunidad. Aunque la vida comunitaria no puede surgir sin contexto institucional, una vez que se pone en marcha una auténtica vida comunitaria, lo institucional se

vuelve accesorio ⁽⁸⁾). Como Buber escribió en una carta al Mahatma Gandhi a propósito de las relaciones árabe-israe­le­líes, «donde hay fe y amor, puede encontrarse una solución incluso a lo que parece ser una trágica oposición ⁽⁹⁾.»

Los textos

Al igual que, cuando nos situamos ante un determinado cuadro de Matisse, necesitamos hacer un ejercicio de acercamiento y de alejamiento para abrirnos a la intención del pintor, la tarea de Buber de “recontar” las leyendas jasídicas merece este esfuerzo por nuestra parte, en pago por la deuda que tenemos contraída con él a la labor de gran parte de su vida.

Los *tsadikim* (literalmente, “los justos”, propiamente “aquellos que resistieron la prueba”, los “probados”) eran los líderes de las comunidades jasídicas. Estos maestros espirituales poseían una sabiduría viva y formaban parte de la “tradición” no sólo por sus palabras sino también por su existencia. Por eso sus textos, que transmitían “historias del pasado”, cobraban actualidad cuando los *jasidim* los escuchaban y se despertaba en ellos una fe viva y ferviente. El *tsadikim* podía facilitar la comunicación con Dios de los *jasidim* de su comunidad, pero no los podía suplantar. La enseñanza del *tsadikim* residía en su propia existencia de “maestro”: no tanto en su presencia física como en su acompañar el curso de los días y aportar su luz a las cuestiones de los hombres; no consistía tanto en estar presente como líder espiritual cuanto en estarlo como hombre, completo en su existencia propia, en la que la totalidad del ser era puesta a prueba.

A través de estas enseñanzas –transmitidas mediante sencillas anécdotas–, Buber intenta mostrar las claves del sentido de la vida. El atractivo de estos breves relatos estriba en transmiten la experiencia de unos hombres que intentaron explicar su comprensión del ser humano y de la vida con pequeñas y rápidas pinceladas que invitan al lector a hacer un trabajo personal. Por eso estos cuentos pueden

considerarse un testimonio, no sólo de una tradición sino de la condición humana.

«Un cuento se debe contar de tal manera que se convierta en una ayuda. Mi abuelo era cojo. Una vez le rogaron que refiriera un cuento y él describió cómo el santo Baal-Shem acostumbraba a saltar y a bailar mientras oraba. Mi abuelo, transportado por sus propias palabras, se puso en pie y comenzó a brincar y a danzar como lo hacía su maestro. Desde este instante se curó para siempre de su cojera. Así es como se debe contar un cuento.»

NOTAS:

(¹) Los datos y textos están tomados de los siguientes libros y artículos: Martin Buber, *Cuentos Jasídicos*, Barcelona, Paidós Orientalia, 1993; AA. VV, *The Philosophy of Martin Buber*, edited by Paul Arthur Schilpp y Maurice Friedman, The Library of living Philosophers, Vol. XII, 1967; “Martin Buber ou l existence dialoguée” en *L actualité Religieuse*, 15 Janvier 1996; Martin Buber, en *Enciclopedia Filosófica*, Centro di Studi filosofici di Gallarate Sansón, ed. 1967, Firenze; en *Enciclopedia Judaica*, Jerusalem, 1971, vol.4; en *International Encyclopedia of the Social Sciences*; en *Enciclopedia Británica*, vol.2; Enzo Bianchi, prefacio a la obra *Il Camino dell uomo*, Edizioni Qiqajon, 1990; Gaston Bachelard, prólogo a la edición francesa de *Je et Tu*.

(²) «La espiritualidad [II]», en *Cuadernos de la Diáspora* 13, p. 30.

(³) *¿Qué es el hombre?* II, pág. 2 (FCE, México, 1949).

(⁴) Ver: *Cuadernos de la Diáspora* 10, el artículo de John Shelby Spong.

(⁵) Ver: *¿Qué es el hombre?* III, 9.

(⁶) Ver: Donald Moore, *Martin Buber. Prophet of Religious Secularism*. New York, Fordham University Press, 1996, p. 95.

(⁷) *¿Qué es el hombre?* III, pág. 6.

(⁸) Ver: Marcel Légaut, *El hombre en busca de su Humanidad*, Madrid, 2000, págs. 246-247, epígrafe «Todo hombre desea oscuramente la comunidad».

(⁹) Ver: Donald Moore, *Martin Buber. Prophet of Religious Secularism*. New York, Fordham University Press, 1996, pág. 28.



Pileta trilingüe (Tarraco, s. V dC.)



Descripción: Pileta en mármol, de forma rectangular, con un orificio de desagüe en el centro. la interpretación que prevalece es que era una pileta de abluciones sinagogaes.

Decoración incisiva: una menorá, o candelabro de siete brazos, en el centro; flanqueado por dos pavos reales. El pavo real de la derecha está junto a un árbol de la vida cuyos frutos parece picotear. El de la izquierda está, o frente a un "sofar" o cuerno, o frente a una serpiente.

Textos: En el ángulo izquierdo hay una inscripción irregular en hebreo que dice: "Paz sobre Israel / y sobre nosotros y nuestros hijos, amén" (Ps. 125, 5; 128, 6). En el ángulo derecho aparece la inscripción "Pax fides" en caracteres latinos. Al lado hay una inscripción ilegible, en caracteres griegos, cuyo contenido se supone parecido.

Simbolismo hebreo de la menorá: "Estas siete lámparas son los ojos de Yahvéh que recorren toda la tierra" (Ver: Zacarías, 4, 1-6 y 10-14). Aspecto cósmico: el candelabro es símbolo de la luz celeste, del cielo de los siete planetas.

Simbolismo hebreo del pavo real: su cola desplegada evoca el cielo estrellado, el giro solar y por eso la inmortalidad. Junto al "árbol de la vida" representan el alma incorruptible y la dualidad del hombre.

Fuentes: AA. VV., Catálogo del Museo Sefardí de Toledo, Madrid, Ministerio de Cultura, 1995. Chevalier, Gheerbrant, dir., Diccionario de símbolos, Herder, 1995.